

si olvidará el daño que le he hecho y si está dispuesta á compartir conmigo la dicha y los pesares.

Pedro sonrió con dulzura y dijo:

— Es honesto y justo tu deseo, hijo mio; ¿cómo no hemos de acceder á satisfacerlo?

Vinicio le besó nuevamente la mano, y el Apóstol, poniéndole la diestra sobre la cabeza, le dijo:

— Pero no temas á Nerón. En verdad te digo que no caerá ni un solo cabello de tu cabeza mientras estés en Ancio.

Miriam salió en busca de Ligia y como era corta la distancia bien presto reapareció por entre los mirtos del jardín, llevando de la mano á la virgen.

Quiso correr á su encuentro Vinicio; pero á la vista de aquel ser tan querido la dicha le paralizó las piernas, y quedó inmóvil y suspenso, latándole el corazón con más violencia que cuando por primera vez oyó silbar las flechas de los partos.

Ligia quedóse muy sorprendida, pues nada sabía ni sospechaba de lo ocurrido. Ruborizándose y palideciendo alternativamente, miraba á todos lados con curiosidad y recelo; pero en los circunstantes vió solamente miradas tiernas y bondadosas.

El Apóstol Pedro se acercó á ella y preguntóle:

— Ligia... ¿le amas?...

Hubo un momento de silencio. Los labios de la joven temblaron como los de un niño que rompe á llorar por haber cometido una falta y verse constreñido á confesarla.

— Contesta... — dijo el Apóstol con acento de ternura.

Ligia cayó á sus pies de rodillas y con voz trémula balbuceó:

— ¡Si!...

Al mismo tiempo dobló á su lado las rodillas Vinicio, y el Apóstol, poniendo las manos sobre sus cabezas, pronunció estas palabras:

— Amaos en Nuestro Señor Jesucristo y para su mayor gloria, que no hay pecado en vuestro amor...

## V

Paseando por el jardín, Vinicio, con palabras que le salían del corazón, explicaba á Ligia lo que momentos antes había

confesado á los Apóstoles: la agitación de su alma, el cambio que había experimentado en ideas y sentimientos, la inmensa tristeza que le cubría el corazón desde que ella desapareció de la casa de Miriam. Confesóle que había procurado olvidarla, aunque en vano, pues la ausencia le agigantó el amor y su recuerdo le llenaba noche y día el pensamiento. Mostróse arrependido del daño que le había hecho, disculpándose, sin embargo, en lo mucho que la había amado. «Nunca, nunca, ni un instante dejo de amarla». La amó desde que tuvo la dicha de verla en casa de los Aulo; la amó en el Palatino; cuando volvió á verla cerca del Apóstol, en el Ostriano; cuando intentó robarla; cuando con tierna solicitud ella le cuidaba á la cabecera del lecho y cuando por segunda vez huyó de él. Quilón había descubierto su nueva morada y aconsejándole el rapto; pero él había castigado al griego, prefiriendo pedir á los Apóstoles la mano de su amada y que le iniciaran en la fe. «¡Bendito el instante, repetía, bendito el instante en que tuve tal inspiración, pues me permite estar á tu lado sin el temor de que huyas de mí, como antes hiciste!»

— No, ahora no huiré — dijo la doncella timidamente.

— ¿Y por qué huiste entonces?...

— Hui del pecado.

Vinicio estuvo un momento silencioso. Después prosiguió diciéndole que paulatinamente se le habían ido abriendo los ojos á la verdad al observar que ella no se parecía á ninguna otra mujer romana, exceptuando á Pomponia; y que á través de su belleza corpórea columbraba la aparición de una belleza hasta entonces desconocida, de una belleza sin formas exteriores: la belleza del alma. Le dijo también, y esto le colmó de gozo, que había contribuido á avivar su cariño el mismo hecho de la fuga y que en el hogar la consideraría como una santa.

Luego, trémulo de emoción, la contempló largo rato, repitiendo á cada instante su nombre como para persuadirse de que la había encontrado y de que la tenía á su vera.

Después le preguntó que pasaba por su alma y ella le dijo que ya le amaba antes de salir de la casa de Aulo y que si desde el Palatino la hubiese restituido á sus protectores ella misma les habría revelado su amor.

— Te juro — dijo Vinicio — que espontáneamente nunca se me habría ocurrido arrebatarte á los Aulo. Ocasión tendrás de oír de labios de Petronio que yo le declaré que deseaba

hacerte mi esposa. «Unte de grasa de lobo las puertas de mi casa y siéntese en mi hogar,» fueron mis palabras. Mas Petronio sugirió al César la idea de reclamarte en tu calidad de rehén. ¡Cuántas veces le he maldecido! Dios lo ha querido así, acaso para que pudiera conocer á los cristianos y comprenderte.

—Respetemos los designios de Dios—contestó Ligia.

Pasaban á la sazón junto al emparrado cubierto de yedra debajo del cual Oso había estrangulado á Crotón y arrojádose después sobre Vinicio.

—Aquí—dijo el tribuno—habría perecido á no interceder tú.

—No me lo recuerdes—contestó Ligia,—y perdona á Oso.

—¿Podría vengarme de él por haberte defendido? Si fuese esclavo le daría inmediatamente la libertad.

—Se te habría anticipado Aulo.

—¿Te acuerdas de cuando quería restituirte á su casa y me respondiste que no querías atraer sobre su cabeza la venganza del César? Ahora podrás verles cuando te plazca, sin riesgo alguno.

—De veras, Marco?

—Digo *ahora*, pero temo que el peligro no estará conjurado hasta que seas mi esposa. Entonces, cuando el César me pregunte por la joven que me cedió, yo le contestaré: «Me he casado con ella y visita con mi consentimiento á los Aulo.» El César no permanecerá mucho tiempo en Ancio porque arde en deseos de marchar á Grecia. Cuando Pablo de Tarso me habrá iniciado en vuestra doctrina, me haré bautizar, volveré á Roma, procuraré congraciarme de nuevo con los Aulo, que estarán de vuelta dentro de algunos días, y, allanados todos los obstáculos, tú serás mía y nos sentaremos uno al lado del otro en el hogar.

Ligia, mirándole con ternura, exclamó:

—Y entonces yo diré: «Donde tú eres Cayo, yo soy Caya» (1).

Caminaron todavía un buen trecho, contemplándose en silencio; pero al estar cerca de un ciprés que se levantaba junto á la puerta de la casa detuvieron el paso y Vinicio susurró al oído de ella con voz trémula:

—Manda á Oso que vaya á casa de Aulo y traiga á la mía tus muebles y los juguetes que alegraron los años de tu niñez.

El rubor tiñó las mejillas de Ligia.

(1) *Ubi tu Catus ibi ego Caya* (donde serás el señor, yo la señora) eran las palabras que pronunciaba la mujer al contraer matrimonio.

—El uso exige proceder de otra suerte—contestó.

—Lo sé. La *pronuba* (1) suele llevarlos detrás de la desposada; pero te lo suplico... Me los llevaré á mi casa de Ancio y hablaránme de tí.

Miriam les anunció que estaba puesta la mesa. Entraron y sentáronse entre los Apóstoles, quienes amorosamente les contemplaban, viendo en ellos á la nueva generación, en la cual, después de su muerte, había de conservarse y germinar la semilla cristiana. Pedro bendijo y partió el pan. Sobre todos los semblantes difundíase dulce paz y se hubiese dicho que la felicidad llenaba la estancia.

—Mira—dijo Pablo, volviéndose á Vinicio;—¿te parece que somos enemigos de la vida y de la alegría?...

—¡Ah, no! Jamás fui tan feliz como lo soy ahora entre vosotros.

## VI

Aquella misma tarde, al pasar por el Foro de regreso á su casa, vió Vinicio, á la entrada del *Vicus Tuscus*, la dorada litera de Petronio, llevada por ocho esclavos bitinios á quien hizo seña de que se detuviesen.

—¡Qué sea reparador tu sueño!—dijo riendo á Petronio que, efectivamente, dormía.

—¡Ah... eres tú! Si; me había adormecido porque he pasado la noche en el Palatino. Iba á comprar libros con que distraerme en Ancio ¿Qué novedades hay?

—Según tu costumbre, pues, recorres las librerías?...

—Si; no quiero desordenar mi biblioteca. Se dice que ha aparecido algo nuevo de Séneca y de Musonio. Estoy buscando, además, la obra de un persa y cierta edición, que no tengo, de las Eglogas de Virgilio. Estoy fatigadísimo y las manos me duelen de revolver tanto libro. Y es que, una vez en las librerías, me entran deseos de verlo todo. He estado en la de Avirano, en la de Atracto, allá en el Argileto, en la de Sosia... ¡y no puedo tenerme de sueño!...

(1) La mujer que acompañaba y asistía á la novia en el acto del matrimonio, ó sea la madrina.

—¿Conque estuviste anoche en el Palatino?... Pues entonces soy yo quien ha de preguntarte qué novedades hay... Oye: podrías enviar los libros á tu casa y venirte conmigo. Hablaremos de Ancio y de algo más que me interesa.

—Bien— contestó Petronio, saliendo de la litera.

Y, cogiendo á Vinicio por el brazo, empezó á hablar de esta suerte:

—Pasado mañana nos pondremos en camino para Ancio. El César está impaciente. Ni las cataplasmas de guisantes con aceite de oliva, ni los pañuelos arrollados á su cuello de toro han servido para curarle el catarro. En tales circunstancias no hay que pensar en el aplazamiento del viaje. Maldice de Roma y del aire que en ella se respira; quisiera arrasarla ó destruirla por el fuego. Dice que los olores que el viento le lleva de las callejuelas sucias y estrechas le conducirán en breve al sepulcro. Hoy se han hecho sacrificios en todos los templos para que se le cure el resfriado.., y ¡ay de Roma, particularmente del Senado, si no se le aclara pronto la voz!

—En tal caso sería inútil el viaje á Grecia...

—¿Pero imaginas tú que nuestro divino César posee ese único talento?—replicó Petronio.—Se presentará en los Juegos Olímpicos en calidad de poeta, con su *Toma de Troya*, como auriga, púgil, músico y hasta como bailarín, y arramblará con todas las coronas. ¿Sabes por qué está resfriado nuestro divino mico? Ayer quiso emular á Páris y bailó la *Aventura de Leda*, lo que le hizo sudar á mares. Estaba calado y viscoso cual anguila recién salida del agua; cambiaba de careta á cada instante; ni un huso daba más vueltas que él; movía los brazos como un marinero borracho. ¡Qué deforme vientre! ¡Qué piernas tan delgadas! ¡Te juro que daba náuseas verle! Páris le da lecciones desde hace quince días. Quiere representar en público esa pantomima; en Ancio primero, después aquí.

—Cuando cantó en público, ya encubiertamente se le censuró; pero que todo un César baile como un mimo.. esto es demasiado... ¡No! ¡Roma no lo consentirá!

—Amigo mío, Roma lo tolerará todo, y por añadidura el Senado acordará dar gracias al «padre de la patria.» En cuanto á la plebe, está orgullosa de tener por emperador á un bufón.

—Dime, ¿es posible mayor envilecimiento?  
Petronio se encogió de hombros, diciendo:

—Como vives retirado y sumido en hondas meditaciones, ora pensando en Ligia, ora reflexionando sobre las doctrinas cristianas, no te das cuenta de lo que ocurre en la Ciudad. Has de saber, pues, que á más repugnante abyección hemos llegado y que si realmente existieran los dioses ya habrían reducido á cenizas á ese mónstruo; mas Nerón, como yo, no cree en los dioses...

—¿De manera que es dios, pontífice máximo y ateo, todo en una pieza?

—¡Exactamente! ¡Qué trinidad!... y ¡qué mundo!

—Sí; á tal mundo, tal César. Afortunadamente, esto no durará mucho tiempo.

Y, discurriendo de esta suerte, llegaron á casa de Vinicio, quien pidió alegremente la cena.

—Sí, amigo mío—añadió, volviéndose á Petronio;— el mundo tiene que reformarse.

—No seremos nosotros quienes lo reformemos, entre otras razones porque bajo el imperio de *Barbarroja* el hombre se asemeja á las mariposas: vive al sol de su favor y al primer cierzo imperial perece. ¡Voto al hijo de Maya! Me pregunto muchas veces como ese Lucio Saturnino ha podido alcanzar la edad de noventa y tres años y sobrevivir á Tiberio, Calígula y Claudio. Aunque... bien mirado, esto debe importárseme muy poco. Se me ha pasado el sueño y quisiera solazarme ahora oyendo un poco de música. Llama á los citaristas; hablaremos luego de Ancio, pues hay que pensar en todo y evitar tu perdición.

—No quiero quebrarme la cabeza—le contestó Vinicio— pensando en la conducta que he de observar en Ancio. El mundo no está encerrado en el Palatino para los que, como yo, tienen otra cosa en el corazón y en el entendimiento.

Dijo esto con tan expresiva desenvoltura que Petronio no pudo menos de mirarle fijamente y decirle:

—¿Qué te pasa? Estás hoy tan risueño como cuando llevabas al cuello la bula áurea.

—Es que soy feliz, y para explicarte el por qué te he convidado á comer.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Algo que no cambiaría con el Imperio Romano.

Y, con el rostro radiante de júbilo, comenzó á hablar de esta manera:

—¿Te acuerdas del día que fuimos juntos á casa de Aulo Plaucio? Allí viste por primera vez á una joven, que comparaste á la Aurora y á la Primavera.

Petronio le miró con asombro.

—¿Qué significa esto?... Sí, me acuerdo de Ligia—respondió.

—Es mi prometida.

—¿Qué?...

Vinicio sin contestarle llamó al mayordomo y le ordenó:

—Que entren en seguida todos los esclavos, todos sin excepción.

—¿Es tu prometida?—repetía Petronio.

Y antes que pudiera volver de su asombro el atrio se llenó de esclavos.

Vinicio se dirigió á Demas:

—Los que hayan servido en mi casa durante veinte años mañana se presentarán al Pretor, quien les concederá la libertad. Los demás recibirán tres monedas de oro por barba y ración doble durante una semana. Envía orden á los ergástulos del campo para que se quite del cepo á todos los castigados y se les dé abundantemente de comer. Hoy es día de júbilo para mí, y quiero que todos participen de mi felicidad.

Los esclavos, mudos é inmóviles, le miraban con los ojos muy abiertos, llenos de asombro, como si dudaran de sus propios oídos; mas luego, levantando los brazos, gritaron á coro:

—¡Ah..., señor! ¡Aaah!...

Con un ademán les indicó el tribuno que se retirasen. Obedecieron los esclavos sin abrir la boca, por más que deseaban darle las gracias. La casa se llenó de alegría desde las bodegas á los graneros.

—Mañana—dijo Vinicio—los reuniré en el jardín y les mandaré que tracen en la arena un signo cualquiera: á los que dibujen un pez les concederá la libertad Ligia.

Petronio, que no solía asombrarse por nada, recobró pronto su habitual serenidad.

—¿Un pez? ¡Ah, sí! ya recuerdo; Quilón dijo que era el emblema de los cristianos...

Y, estrechando la mano de Vinicio, agregó:

—La felicidad está donde cada cual quiere verla. ¡Que Flora os cubra de rosas durante muchos años el camino de la vida! ¡Te deseo cuantas bienandanzas puedas tú mismo desearte!

—¡Muchas gracias! Creí que tratarías de disuadirme...

—¡Ah, no! Nerón estuvo á punto de casarse con Actea y para justificar su capricho esforzábale en hacer creer que ésta era de estirpe real; luego la abandonó por Popea, privándose de una buena esposa y privándonos á nosotros de una excelente Augusta... El origen real de tu Ligia es más legitimo y positivo. Pero te aconsejo que andes con tiento, pues ya sabes que hay quien desea tu perdición...

—Nada temo. No caerá un solo cabello de mi cabeza.

—Si crees asombrarme otra vez, te engañas. Pero ¿de donde te viene esta seguridad?

—Me lo ha dicho el Apóstol Pedro.

—¡Ah! ¿El Apóstol Pedro te lo dijo?... Pues no hablemos más de ello... No obstante, me permitirás que tome alguna precaución para el caso de que tu Apóstol Pedro nos resultara un falso profeta, pues si se engañase perderías en el Apóstol Pedro la confianza, de la cual es casi seguro que habrá menester algún día el Apóstol Pedro.

—Haz lo que bien te parezca; pero si crees que me desanimarás con la repetición irónica de su nombre, te equivocas.

—Bien. Entonces te haré otra pregunta: ¿eres ya cristiano?

—Todavía no; pero Pablo de Tarso viene conmigo para iniciarme en la nueva doctrina; después seré bautizado porque cuanto me digiste respecto á la aversión de los adeptos de Cristo á la vida y á la dicha es falso.

—Tanto mejor para tí y para Ligia—replicó Petronio. Luego, encogiéndose de hombros y como hablando consigo mismo, agregó:

—No obstante, es muy singular la facilidad con que esa gente hace prosélitos, la rapidez con que la secta se propaga.

Vinicio contestóle con toda la impetuosidad de un neófito:

—Si; se cuentan por millares, por docenas de millares los cristianos en Roma, en todas las ciudades de Italia, en Grecia, en Asia. Hay cristianos en las legiones, entre los pretorianos, en el mismo palacio del César. Profesan la nueva fe ciudadanos y esclavos, ricos y pobres, plebeyos y patricios. Tal vez ignoras que es cristiana la familia Cornelia, que es cristiana Pomponia Grecina, que lo fué Octavia y lo es Actea. Si; es una doctrina que se extiende por todo el mundo y es también la única capaz de regenerarlo. ¡No, no encojas los hombros! ¡Quién sabe si antes de un año la abrazarás tú!...

—¿Yo?— exclamó Petronio— ¡Ah, no! te lo juro por el hijo de Leda. No la abrazara así contuviese toda la verdad y toda la sabiduría divina y humana... porque con ella me vería obligado á torcer mis inclinaciones, cosa que no me agrada; á renunciar á los placeres, que constituyen el único aliciente de mi vida. De tu carácter violento, apasionado, puede esperarse cambio tan radical, ¿pero de mí?... Yo tengo mis piedras preciosas, mis camafeos, mis vasos artísticos. En el Olimpo no creo; mas procuro llevar en la tierra tal género de vida que no lo echo de menos, y continuaré cubriendo de flores mi camino hasta que me traspasen las flechas del divino arquero ó hasta que el César me mande la orden de abrirme las venas. Por otro lado, me gusta el perfume de las violetas y solazarme en bien provisto *triclinio*. Venero también á nuestros dioses... en calidad de figuras retóricas, y tengo especial predilección por la poética Acaya adonde me trasladaré en breve con nuestro ventrudo, zanquivano, incomparable, divino César, Augusto, Periodoniceo, Hércules, Nerón.

De pronto se echó á reír á mandíbula batiente ante la idea de que él pudiera convertirse á la doctrina de los pescadores de Galilea y canturreó á media voz:

«De verde mirto adornaré la espada  
Al par de Armodio y Aristogitón.»

Poco después les fué servida la cena. En tanto el citarista cantó algunas canciones y Vinicio explicó á Petronio que la visita de Quilón le había sugerido la idea de dirigirse á los Apóstoles. Petronio, á quien acometía de nuevo el sueño, se llevó la mano á la frente y dijo:

—Excelente idea si diese buen resultado. Por lo que atañe á Quilón, yo, en tu lugar, le hubiese regalado cinco monedas de oro; mas ya que preferiste hacerle propinar una tanda de azotes, fué grave imprudencia dejarle salir con vida de tu casa, porque no es imposible que con el tiempo se inclinen ante él los senadores, cual ocurre ahora con nuestro héroe zapatearil Vatinio... ¡Vaya, buenas noches!

Depuesta la corona de flores, Petronio se fué á su casa. Vinicio, cogiendo las tablillas y el estilo, escribió á Ligia la siguiente carta:

«Quiero que esta epístola te dé los buenos días al abrir tus bellísimos ojos. Te escribo hoy aunque espero verte mañana. El

César, como sabes, parte para Ancio, y yo, muy á pesar mío, he de acompañarle, pues pondría en peligro la vida si no lo hiciera, y no tengo ahora ningún deseo de perderla. No obstante, si tú quieres que no vaya, bastará una sola palabra tuya para quedarme; ya se cuidará Petronio de conjurar el peligro. En este día de ventura para mí he querido dar una recompensa extraordinaria á todos mis esclavos. A los que han servido en mi casa veinte años mañana los manumitirá el Pretor. Espero que encomiarás mi conducta porque, á mi entender, se armoniza con la religión que profesas. Les diré que te deben á ti la libertad, pues por tí se la doy á fin de que te lo agradezcan y alaben tu nombre. En cambio quedaré esclavo yo, esclavo tuyo y de la dicha, con el deseo de que no venga nunca el día de la libertad. ¡Maldita sea Ancio, malditos los viajes de *Barbarroja!*, y dichoso yo tres veces porque, gracias á mi ignorancia, no me veré obligado, como Petronio, á acompañarle á Grecia! Tu recuerdo mitigará el dolor de la ausencia, y, en cuanto me sea posible, montaré á caballo y volveré á Roma para regalar mis ojos con tu presencia, para deleitar mis oídos con la dulzura de tu voz. Cuando no pueda venir te enviaré cartas por un esclavo con el encargo de traerme noticias de ti.

Salud, divina mía: me postro á tus pies. No te enfades porque te llama divina; si me lo prohibes te obedeceré; hoy no puedo. Desde tu futura morada te saluda con todo el afecto de su alma, Vinicio.»

## VII

Era cosa sabida en Roma que el César pasaría por Ostia á fin de ver una nave, la mayor del mundo, llegada de Alejandria con cargamento de trigo, y que desde allí, por el litoral, marcharía á Ancio.

Al amanecer del día de la partida aglomerábase en la puerta de Ostia abigarrada muchedumbre, en la que, con el populacho romano, se mezclaban los más variados tipos de todos los países de la tierra.

Aunque Ancio no distaba mucho de Roma ni fuese difícil hallar en ella cuantas comodidades exigiera el más refinado gusto de la época, el César, según su costumbre, llevóse todos los objetos

de su predilección, desde los instrumentos músicos y los utensilios domésticos hasta los mosaicos y estatuas, pues en cualquier lugar que se detuviese, para descansar ó para comer, quería verse rodeado del lujo y boato á que estaban sus ojos avezados. Por esta razón, en sus viajes debía acompañarle un ejército de sirvientes, sin contar los pretorianos y los augustales, cada uno de los cuales llevaba también numeroso séquito. Desde el alba barrían el suelo y lo alfombraban de flores y de pinocha centenares de esclavos. La plebe repetía con cierto orgullo que aquella alfombra de flores, cogidas en los jardines particulares de los contornos y pagadas á buen precio á las floristas de la Puerta de Ostia, se extendería hasta Ancio.

A medida que el día avanzaba se hacía más denso el gentío. Familias enteras comían, formando corros, junto á los sillares destinados al nuevo templo de Cérés. En la mayor parte de los grupos se hablaba del viaje del Emperador, de los que tenía en proyecto para después, de toda suerte de expediciones. Marineros y veteranos aprovechaban la ocasión para contar maravillas de los países remotos, cuyo nombre apenas conocían, en los cuales no había puesto el pie ningún romano. Los ingenuos ciudadanos que en su vida habían pasado de la Via Apia escuchaban con asombro las fantásticas descripciones de la India y de la Arabia; del islote del archipiélago de la Bretaña, en donde el gigante Briareo encadenó á Saturno mientras dormía; de las regiones hiperbóreas; de los mares glaciales; de los hervores fragorosos de las aguas del Océano cuando en ellas se sumerge el sol á la caída de la tarde. Referíase también que el colosal navio fondeado en el puerto de Ostia había traído trigo para dos años, además de cuatrocientos pasajeros y gran número de fieras destinadas á los juegos del Circo. Estas noticias despertaban el entusiasmo de la plebe por el César, por el generoso César que no sólo alimentaba á su pueblo sino que también le divertía.

De pronto aparecieron los ginetes nómadas de la guardia pretoriana, que constituían la vanguardia del cortejo imperial. Sus cascos relucían al sol, los enormes anillos de oro pendientes de las orejas dorábanles con reflejos los rostros de ébano, y las puntas de sus lanzas brillaban cual ascuas. La multitud avanzó para verles más á su sabor, pero en seguida los pretorianos de infantería se alinearon á lo largo del camino dejando un ancho espacio para la comitiva.

En primer término venían numerosos carros cargados con tiendas de campaña: tiendas de púrpura, de color de rosa, de color violáceo, de batista blanca como la nieve, recamadas de oro, con tapices orientales; artísticas mesas, mosaicos, batería de cocina, jaulas que contenían pájaros de diversos países, cuyos sesos y lenguas habían de ser servidos en la mesa de Nerón con ánforas de vino y cestas de frutas. Los objetos que podían deteriorarse con el traqueteo eran llevados á mano ó en hombros por esclavos. Pasaban centenares de hombres á pie llevando estatuitas de bronce corintio, vasos etruscos y griegos, vajillas de oro, de plata y de cristal alejandrino. Cada grupo de esclavos iba custodiado por capataces armados de varas que terminaban con bolas de hierro ó de plomo y por pretorianos de á pie y de á caballo. Aquel interminable desfile de portadores, en actitud recogida, semejaba solemne procesión religiosa, y la semejanza subió de punto cuando aparecieron los instrumentos de música: liras, arpas, laudes griegos, hebraicos y egipcios, cornamusas, cítaras, flautas y címbalos. Al ver aquella muchedumbre de instrumentos de oro y de bronce, incrustados de piedras preciosas, que relucían á los rayos del sol, se hubiera dicho que Apolo ó Baco se disponían á recorrer el mundo rodeados de toda su pompa.

Seguían, sobre carros espléndidamente decorados, formando caprichosos grupos y empuñando tirsos, los acróbatas, mimos, danzantes y numerosos esclavos y esclavas adolescentes de Grecia y del Asia Menor, con sus largas cabelleras recogidas en redecillas de oro y cubierto el rostro de una espesa capa de cosméticos, á fin de resguardar de la intemperie la tez fresca y lozana.

Iba á continuación un nuevo cuerpo de pretorianos, compuesto de gigantescos sicambros de rubios cabellos y ojos azules, de paso tardo é igual, de brazos musculosos, ensoberbecidos por la conciencia de su fuerza, y con motivo, pues á resolverla contra el César, á quien servían lealmente, habrían aniquilado su inmenso poder, que miraban con desprecio á la multitud, sin tener en cuenta que muchos habían llegado á Roma arrastrando cadenas. Les precedían los portadores de insignias, los llamados *imaginarij*, con las águilas romanas, las tablas que ostentaban las inscripciones conmemorativas, las estatuas de los dioses romanos y germanos, las estatuitas y bustos del César.

Aparecieron luego los leones y tigres domados para tirar del carro de Nerón en el caso de que á éste se le antojase imitar á Dionisio. Domadores indios y árabes los llevaban sujetos con cadenas recubiertas de flores, de tal suerte que de eslabones de flores parecían únicamente formadas. Las fieras miraban á la muchedumbre con sus verdes ojos soñolientos, y de trecho en trecho, levantando la cabeza, aspiraban con avidez las exhalaciones de los cuerpos humanos, lamiéndose el hocico.

Desfilaron después los carruajes y las literas imperiales, de varias formas y dimensiones, de color de oro ó de púrpura, con adornos de marfil, de piedras preciosas, de perlas. Iba detrás otra sección de pretorianos vestidos á la romana, compuesta exclusivamente de voluntarios de Italia (1) y seguida de otra muchedumbre de esclavos del palacio imperial. A la zaga de éstos venía el César. Su aparición era saludada con aclamaciones por la multitud.

Hallábase en medio de ésta el Apóstol Pedro acompañado de Ligia, que tenía el rostro cubierto con espeso velo, y de Oso, cuya fuerza era para la doncella la más segura defensa contra los desmanes de la licenciada plebe. El ligio había cogido un bloque de mármol destinado á la construcción del templo de Céres y llevándolo adonde estaba el Apóstol, quien subió encima para ver mejor el desfile. Al presentarse Pedro con sus dos acompañantes refunfuñó la muchedumbre porque Oso se abrió paso á través de ella como un buque hendiendo las olas; pero al verle levantar el enorme bloque, que cuatro de los más fornidos atletas no habrían logrado mover, la indignación se convirtió en asombro, y se oyeron gritos de ¡*Macte!* ¡*Macte!* (2)

A la sazón llegaba el César sobre soberbio carro tirado por cuatro magníficos caballos idumeos con herraduras de oro. Aunque el vehículo era capaz para más personas, con el objeto de que todas las miradas se fijasen exclusivamente en él no admitió en su compañía más que á dos deformes enanos que estaban acurrucados á sus pies. Vestía túnica blanca y la toga

(1) Hasta el tiempo de Augusto los habitantes de Italia estuvieron exentos del servicio militar, y por ello la llamada *Cohors Italica*, que solía estar de guarnición en Asia, se componía exclusivamente de voluntarios.

(2) ¡Bien! ¡Bravo!

de color de amatista, la cual arrojaba sobre su rostro reflejos azulados. Ceñía sus sienes una corona de laurel.

Desde el viaje á Nápoles, el César se había puesto mucho más grueso, y á causa del abotagamiento del rostro y de la opulenta papada que le pendía de la mandíbula inferior, semejaba que su boca, en realidad muy vecina de la nariz, estaba pegada á la nariz misma. Envolvía el enorme cuello con un pañuelo de seda que á cada momento se arreglaba con la mano blanca y gordiflona, de tal guisa cubierta de pelo rojo que parecía manchada de sangre. Como le habían asegurado que el hacerse caer aquellos pelos podría ser causa de que le diese en los dedos un temblor, inutilizándole para tocar el laud, no quiso nunca apelar á los depilatorios. Su rostro expresaba vanidad incommensurable, á la par que cansancio y tedio. Tenía un aspecto á la vez terrorífico y cómico. Miraba á la muchedumbre con los ojos entornados y ponía oído atento á las aclamaciones y aplausos.

«¡Salve, divino César! ¡Salve, triunfador! ¡Salve, incomparable! ¡Hijo de Apolo! ¡Divino Apolo! ¡Salve!» eran los gritos que, generalmente, salían de entre aquellas masas compactas de plebeyos.

Nerón sonreía...

Pero los romanos tenían invencible tendencia á motejar y zaherir, y escudados en la fuerza que les daba el número, en la irresponsabilidad del anónimo, insultaban con frecuencia hasta á los triunfadores más admirados y queridos. No había de sus traerse Nerón á esta costumbre, por más que su monstruosa vanidad rechazara, no ya los insultos y sarcasmos, sino también las sátiras menos punzantes. Así, de cuando en cuando oíanse, entre las expresiones adulatorias, gritos como estos: «¡Barbarroja!... ¡Barbarroja!... ¿adonde vas con esas estopas encendidas?... ¿no temes prender fuego á Roma?...» Quienes esto proferían estaban tal vez muy lejos de pensar que sus palabras envolvían una terrible predicción. Por lo demás, al César no llegaron á molestarle tales alfilerazos porque había hecho el sacrificio de sus barbas á Júpiter Capitolino.

Al llegar al templo en construcción, individuos ocultos tras los bloques de mármol y las hiladas de sillares clamaron: «¡Matricida! ¡Orestes! ¡Alcmeón!; ¿qué has hecho de Octavia?; ¡depon la toga purpúrea!» Popea, que seguía en litera el carro del César, era blanco también de las invectivas de la muche-

dumbre. No escapaba al oído finísimo del César ninguna de aquellas injurias, y con la esmeralda en el ojo dirigía miradas escrutadoras hacia el punto de donde salían los gritos ofensivos, como para descubrir y reconocer á los temerarios. Así, acertó á ver al Apóstol Pedro de pie sobre el bloque de mármol.

Aquellos dos hombres se contemplaron un instante, sin que ninguna de las personas que formaban el fastuoso cortejo, ni ninguna de las que integraban la enorme multitud de curiosos, atinara en que se miraban dos señores del mundo, uno de los cuales debía desaparecer en breve, como horrible pesadilla, y el otro, el humilde anciano pobremente vestido, sustituirle para siempre en el gobierno de la Ciudad, del mundo entero.

Pasó el César y vino tras él la aborrecida Popea recostada en la litera que llevaban en hombros ocho africanos; vestida, como Nerón, con la túnica de color de amatista, oculta la tez bajo una densa capa de cosméticos. Inmóvil, pensativa, indolente, parecía una diosa, pero una diosa proterva. Iba seguida de la cohorte de sus esclavos y esclavas y de una larga hilera de cochecitos con sus trajes, objetos de tocador y demás utensilios compendiados por los romanos con la denominación de *mundus muliebris*.

Hallábase el sol á la mitad de su carrera cuando comenzó el desfile de los augustales que formaban un cortejo espléndido, interminable, ondulante como una serpiente... El circunspecto Petronio, á quien saludaba jovialmente el pueblo, se hacía llevar en litera. Tigelino iba en coche tirado por lindas jacas y de cuando en cuando estiraba el cuello para ver si Nerón le llamaba á su lado. La multitud acogía con aplausos á Liciniano Pisón, con risotadas á Vitelio, con silbidos á Vatinio. Los cónsules Licinio y Lecanio pasaron poco menos que inadvertidos. En cambio, Tulio Senección, idolo de la plebe, ignórase por qué motivo, fué aclamado con entusiasmo, lo mismo que Vestinio.

Se hubiera dicho, al contemplar aquel inacabable séquito, que toda la Roma patricia se trasladaba á Ancio. Nerón, en sus viajes, no llevaba nunca menos de mil carros; las personas que le acompañaban excedían siempre al número de los soldados de una legión. (1) Veíase en el cortejo á Domicio Afro, al

(1) Durante el imperio la legión constaba de más de doce mil hombres.

nonagenario Lucio Saturnino, á Vespasiano con sus hijos, al joven Nerva, al poeta Lucano, á Annio Galón, á Quintiano y á otros muchos patricios y plebeyos acaudalados, con algunos centenares de matronas, renombradas unas por su alcurnia y todas por su lujo y depravación.

Las miradas de la muchedumbre se fijaban sucesivamente en los encumbrados personajes, en sus coches y caballos, en las caprichosas y magníficas vestes de sus servidores; y los ornamentos de oro, la variedad de colores, el centelleo de las piedras preciosas y de la cristalería, el brillo del marfil y de las perlas, deslumbraban los ojos. Parecía que los mismos rayos del sol habían quedado aprisionados en el esplendor del cortejo. Abundaban entre el populacho los miserables de expresión famélica; pero ni un solo romano dejaba de experimentar la sugestión de aquel espectáculo grandioso, y, aunque particula insignificante de la poderosa Ciudad, de sentir trastornada la cabeza por la satánica soberbia que daba la conciencia de una fuerza ilimitada, suficiente para mantener en todos los pueblos de la tierra la admiración y el respeto; ni uno solo tampoco acertó á sospechar que todo aquel boato, toda aquella grandeza, toda aquella majestad desaparecerían en breve como rama seca consumida por el fuego y que sobre sus cenizas se levantaría un mundo nuevo.

Vinicio era de los últimos en el séquito. Al ver al Apóstol y á Ligia saltó del carro y dijo con tono placentero, rápidamente, como quien tiene contados los minutos:

—¿Has venido?... ¡No sé, Ligia, como agradecértelo! No podía Dios enviarme mejor presagio. ¡Bendita seas! No tardaré en volver. Apostaré en el camino relevos de caballos partos, y vendré á pasar contigo los días que me queden libres, mientras obtengo permiso para regresar definitivamente. ¡Hasta muy pronto, pues!

—¡Hasta luego, Marco!—respondió Ligia. Y añadió acto continuo en voz muy queda:

—¡Cristo guíe tus pasos y abra tu corazón á las palabras de Pablo!

—¡Quiera el cielo colmar tus deseos, amada mía! Pablo ha preferido venir con mis servidores; pero estará conmigo en Ancio y será mi maestro y mi amigo.

Después de haberse levantado el velo Ligia, cediendo á las súplicas del tribuno, besóle éste la mano, con estupefacción de

la plebe, para la que era incomprendible que un augustal descendiera á dar muestra tan significativa de cariñoso respeto á una joven que por la modestia de su porte parecia esclava.

Subió Vinicio á su carro y se alejó con rapidez, porque las últimas filas del séquito se perdian ya á lo lejos, entre nubes de polvo que el sol doraba. Pedro le bendijo haciendo con un movimiento casi imperceptible la señal de la cruz. Se presentó en seguida Demas, el tahonero en cuya casa trabajaba Oso, y, después de besar humildemente la mano al Apóstol, le rogó que fuera con los que le acompañaban á reparar las fuerzas en su domicilio, puesto que lo tenia tan cerca del Emporio.

Accedieron á la súplica. Después de haber comido frugalmente descansaron. A la caída de la tarde se dirigieron al *Trans-tevere*, y, como querian atravesar el rio por el Puente Emiliano, tomaron por el *Clivus Publicus*, que pasaba por la cima del Monte Aventino, entre los templos de Diana y de Mercurio. Desde aquella altura, contemplando el Apóstol los innumerables edificios que se extendian á sus pies, meditó sobre el poderio y la grandeza de aquella Ciudad á donde habia venido para predicar la divina palabra. En sus viajes habia encontrado signos evidentes del poderio romano y romanas legiones que lo sostenian; pero unos y otras no eran sino como elementos aislados, como miembros dispersos de la soberbia y descomunal fuerza que aquel día habia visto encarnada en la persona de Nerón. La satánica Ciudad, rapaz, codiciosa, desenfrenada, corrompida hasta el meollo y al mismo tiempo inmovible; aquel César, asesino de su madre, de su hermano, de su esposa, perseguido por un cortejo de espectros sangrientos no menos numeroso que su séquito imperial; aquel libertino, bufón, dueño de treinta legiones y con ellas del mundo entero; aquellos cortesanos con vestidos de seda y adornos áureos, inseguros de la suerte que les podia deparar el mañana, y, sin embargo, más poderosos que muchos reyes, todo aquel conjunto de riquezas y fuerza, de esplendor y corrupción se le apareció como el reino infernal de la iniquidad. Y su corazón sencillo admiró los inexcrutables designios de la Divina Providencia que permitia que Satanás hollara, aplastara, atormentara á la tierra, exprimiéndole las lágrimas y la sangre. Y su alma de Apóstol, atribulada ante aquel misterio, no pudo menos de dirigirse al Maestro exclamando:

— ¡Señor!, ¿qué haré en medio de la Ciudad adonde me has enviado? Dueña es de la tierra y de los mares; suyos son los animales que pueblan los bosques y los que viven en las aguas; suyos los reinos y las demás ciudades; treinta legiones la protegen, y yo, ¡Divino Maestro! soy un simple pescador... ¿Qué puedo hacer?... ¿Cómo abatiré su soberbia é iniquidad?...

La ferviente plegaria fué interrumpida por la voz de Ligia:

— ¡Parece que la Ciudad está ardiendo!...— dijo.

En efecto, la puesta del sol ofrecia aquella tarde algo de insólito. El astro diurno tenia ya la mitad del disco oculto tras el Janiculo, y toda la bóveda celeste se presentaba con un resplandor rojizo, como de inmensas llamas. Desde el punto en donde se hallaban el Apóstol y sus acompañantes abrazaba la vista extenso panorama. Algo á la derecha se veian los muros del Circo Máximo; más arriba resaltaban las enormes moles de los edificios del Palatino; en frente, más allá del *Boarium* y del *Velabrum* surgia la cima del Capitolio con el templo de Júpiter. Todos los muros, columnas y cornisamentos de los templos estaban como sumergidos en aquel color purpúreo que semejaba sangre. La parte del rio, que á lo lejos se divisaba, parecia que llevaba sangre también; á medida que el sol iba desapareciendo tras el Janiculo se hacian más intensos los resplandores rojizos, difundiéndose sobre las siete colinas, dilatándose hasta los últimos confines del horizonte.

— ¡Parece que la Ciudad está ardiendo!...— repetia Ligia.

El Apóstol, al fin, se cubrió con la mano los ojos y dijo:

— ¡Está suspendida encima de ella la ira del Señor!